

## RESEÑAS

---

**Wayar, Marlene (2019). *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena*. Fotografías de Lina M. Etchesuri. 1ª ed. Ilustrada por Nina Kunan. 2ª reimpresión. CABA: Muchas Nueces. 128 páginas.**

“El primer objeto de arte a construir debería ser una misma...”

Marlene Wayar

Si existe una narrativa que combine, al mismo tiempo, lo testimonial con el arte y la literatura en América Latina, podemos encontrarla en *Travesti. Una teoría lo suficientemente buena*. Su hermosa estética brinda a quien abre y recorre sus páginas una experiencia casi audiovisual que se reparte entre la imagen fotográfica y la ilustración, a la vez que combina el relato escrito con la oralidad. El trabajo colectivo y completamente comunitario de este libro queda a la vista tanto en su título como en la presentación de los créditos de quienes contribuyeron a su quehacer editorial.

El libro inicia con esas imágenes y con un contundente prólogo de Susy Shock, quien afirma que Marlene Wayar, una de las históricas activistas de la comunidad travesti-trans argentina, “va hilvanando teoría en un mundo de absolutos fracasos, ¡todos los fracasos!” (13). La idea central de una teoría trans-travesti latinoamericana denota la posibilidad del ejercicio de un pensamiento crítico que permita construir un mundo mejor, más justo y equitativo, como sostiene Shock.

A propósito de ello, en el capítulo “Palabras de fuego. Teoría travesti-trans sudamericana”, Marlene subraya la urgencia de esta teoría frente a “la pérdida de la conciencia de que somos seres reproductivos, que producimos subjetividad” (17)

y puntualiza: “es esta una teoría en construcción, lo suficientemente buena como para despertar conciencias que se sumen a la acción reproductiva de subjetividades capaces de empatizar con la otredad” (18). Al poner el foco en las preguntas ¿cómo estamos criando o educando?, ¿estamos realizando una crianza con amor responsable?, la teoría travesti-trans sudamericana que ella nos propone se dirige directo al corazón del sistema heterosexual, interpela sus funciones paterno-maternales y, por tal motivo, las infancias tienen un lugar central allí.

La autora explica que la infancia es el espacio y el momento de mayor potencia para la construcción de *nostredad*, ya no solamente de una subjetividad contrapuesta a una otredad y al miedo a la pérdida y al ataque, sino porque la infancia es el momento en el cual les niños, a través del juego, indagan, transforman y se identifican. Están mucho más abiertos a la empatía mutua, dice Wayar, porque no han sido del todo cercenados por el mundo adulto y eso da lugar a que los miedos cedan y se genere *nostredad*. De ahí que sostiene que no viene a contarnos qué es ser travesti sino a que encontremos lo trans en nosotros mismos a partir de los propios registros y experiencias de nuestras infancias.

Para la teoría trans latinoamericana, la humanidad es una “realidad sistémica heterocentrada hombre-mujer” (25) que sólo genera muerte y violencia. Esta humanidad produce violencia y expulsión de las infancias por parte de las familias heterosexuales. Wayar, recuperando la voz de Susy Shock, remarca “no queremos más ser esta Humanidad” (25) y este NO las define más que el SI. Desde sus propios registros infantiles las travestis cuestionan esa humanidad, la rechazan para sí y, ese, es su mayor aporte a la lucha contra los poderes: “Con nuestros saberes maricas, tortas y travas infantiles ponemos en crisis la piedra nodal del sistema heterosexual, la responsabilidad de las funciones paterno-maternales. Nadie nace como pertenencia de papá y mamá” (26). Un Estado que no se involucra en esas responsabilidades paterno-maternales no es más que un fracaso político de la sociedad, sentencia Wayar, porque esos cuidados requieren tiempo, amor y, principalmente, abrazos.

En el centro de este libro aparecen tres diálogos que establece Wayar con diferentes interlocutores. El primero de ellos, alojado en el segundo capítulo “El arte de re-sentir. Puentes transfronterizos entre lo oral y lo escrito”, es una entrevista que ella realiza a una activista travesti chilena, Claudia Rodríguez. Sigue un interesante intercambio con Susy Shock en el marco de una clase de comunicación so-

cial con estudiantes de la “Cooperativa lavaca” que constituye el tercer capítulo “Rituales dialogados. Herramientas para una era post-alfabética”. La entrevista de Claudia Acuña a la autora forma parte del cuarto capítulo “Sin eufemismos. Palabras vivas y vividas para una descolonización”. El libro cierra con un anexo titulado “Gritazos. Romper el paradigma hetero-winka-patriarcal” con la transcripción del manifiesto que leyó Marlene en la Vigilia Trans de Plaza de Mayo, el 17 de agosto de 2017 convocando a un abrazo por la memoria de Ayelén Gómez, una travesti asesinada por la policía tucumana; y una nota publicada en *Revista MU* en julio de 2009 titulada “*Habeas Corpus*”.

El primero de estos encuentros es sumamente profundo y el relato está inscripto en sus cuerpos, de niñas y luego de adultas. La violencia, el dolor y la rabia son las constantes que atraviesan los cuerpos de Marlene y Claudia a lo largo de todo su diálogo. Una violencia que se manifiesta en múltiples formas, en el desamor, en la ausencia de abrazos, en el rechazo, en el odio, en el castigo y en las muertes. En un pasaje, Claudia se pregunta qué hacer con la rabia, con el resentimiento acumulado producto de tanta violencia y odio recibidos y Wayar replica, duramente, “yo tengo un cementerio en la cabeza, no tengo noción de cuántas compañeras y amigas han muerto y todas muertes tristes, espantosas y evitables” (31). Entonces, Claudia lee unos fragmentos de su obra de teatro *Cuerpos para odiar* y Marlene Wayar explica que la materia tiene memoria y se quiebra en el mismo lugar en que se quebró primero: ella habla de cerámica, habla de su cuerpo que recuerda. Al mismo tiempo, logra politizar ese dolor y ese miedo y afirma que ellas pueden aportar políticamente porque lo trava es la posibilidad del encuentro, de su ética de puertas abiertas.

El diálogo con Susy Shock y les estudiantes de comunicación está marcado por la discusión en torno a la relación entre las infancias, la heterosexualidad y el rol de los medios de comunicación en el sostenimiento de la hegemonía de lo heterosexual, que al mostrar lo trava como “diverso” no permite repensarla. Por eso, Susy Shock expresa “la comunicación, todos los días, lo que hace es construir más heterosexualidad” (59), un sistema sumamente violento y desigual. Ambas marcan la importancia de la mirada desde el Sur, desde Latinoamérica para repensar la heterosexualidad y construir por fuera de ella. Y ahí aparece un vínculo muy fuerte con las luchas de los pueblos originarios porque, señala Shock, la conquista “trajo un capitalismo, un patriarcado, trajo heterosexualidad obligatoria. Nuestros pueblos originarios no se concebían como heterosexuales” (69). Ellas teorizan sobre

cómo son y cómo deberían ser las infancias y sobre lo pobre y fracasada que es la heterosexualidad, como la define Shock. Una fuerte crítica a la familia heterosexual atraviesa gran parte del encuentro, la violencia que ejercen sobre las niñas que no son como esas familias heterosexuales quieren y los expulsan de sus hogares. Entonces, concluyen en que hay que descolonizarse de lo hétero, hay que fugarse de lo hétero y construir discursos que rompan con lo establecido, que den una posibilidad liberadora y desde la empatía con el otro.

En el último capítulo, Claudia Acuña entrevista a Marlene Wayar y su relato vuelve sin eufemismos ni concesiones, nuevamente, al cuerpo, a los crímenes sucios que se realizan sobre sus cuerpos. Al dolor y la bronca que le genera ver la impunidad con la cual sus cuerpos son destrozados literalmente por el odio, cómo son torturados hasta morir “como si no tuviera entidad de vida, ni siquiera de ser humano: de vida” (95). Wayar, al preguntarse por qué hay muertes que duelen y otras no, asevera que detrás de la suciedad de esos cuerpos asesinados lo que se esconde “es una muerte de agonía, larga, de maltrato sobre ese cuerpo, de conquista sobre ese cuerpo” (96). Su relato va al nudo de las discusiones más agudas y álgidas sin esquivar lo incómodo, al contrario, lo utiliza para sí, politizándolo. Reflexiona y evidencia sobre la incomodidad, sobre el pánico moral que sus cuerpos generan en el espacio público: “nosotras no tenemos clóset porque al asumir esta identidad se hace inmediatamente pública y evidente” (117). Cuando se refiere a los derechos humanos señala que la dignidad es intrínseca al hecho de ser humanos y que lo primero es recordar que somos seres reproductores y, por ello hoy, es prioritario el tiempo del cuidado, de “producir una sociedad que se abrace a sí misma” (101), que se dé el tiempo de abrazar a sus niñas.

Finalmente, esos saberes que ellas portan en sus cuerpos, a través de la violencia de la cual han sido históricamente objeto, desde sus experiencias en los márgenes, desde sus muertes, constituye una verdadera teoría contra el poder heterosexual, patriarcal y winka. Sus cuerpos mismos son verdaderas prácticas que luchan contra esos poderes. Esto es justamente lo que hace Marlene Wayar en este libro, pasar la teoría por el cuerpo y por eso vale la pena leerlo.

Eliana Debia

Universidad Nacional de Tierra del Fuego  
Universidad Nacional de Quilmes